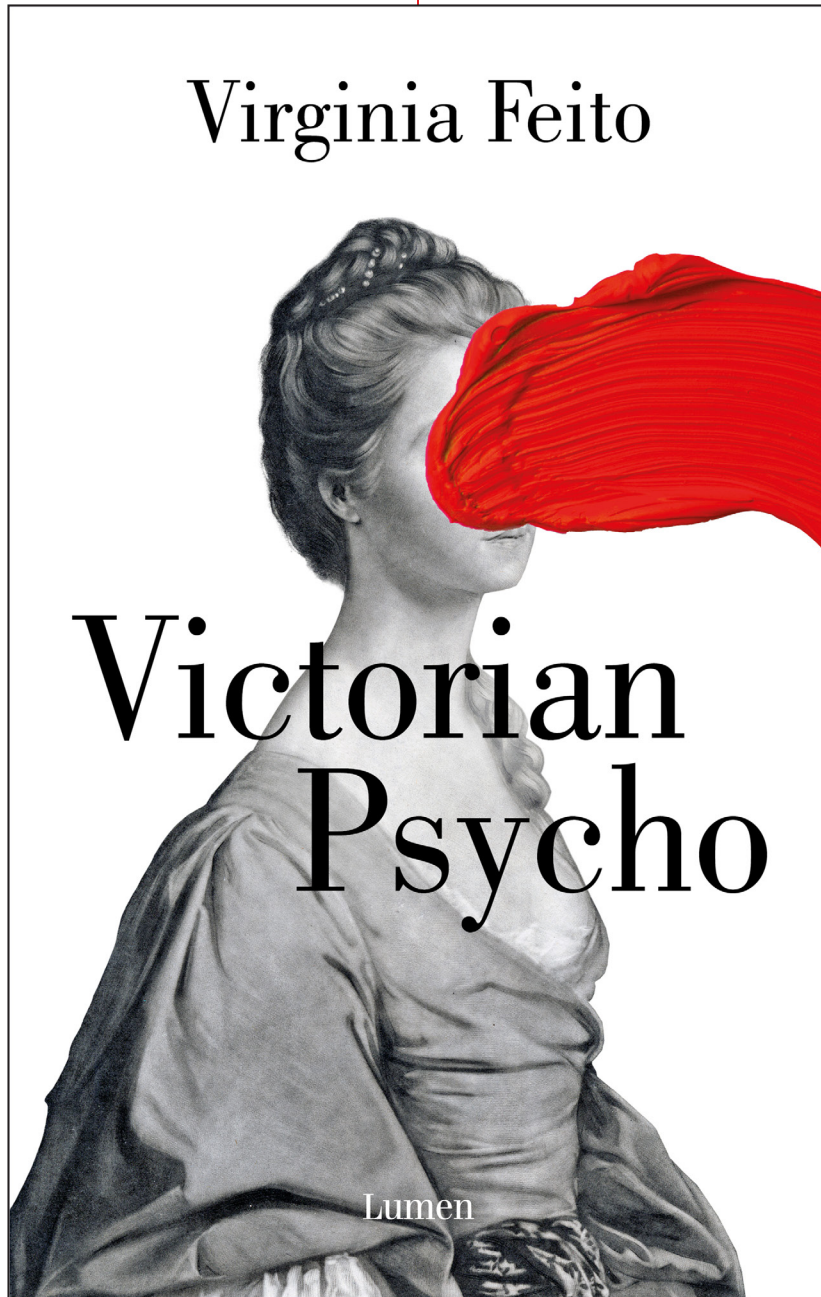




Guía de lectura

Virginia Feito



Penguin Club de lectura

LA OBRA

Tres meses antes de Navidad, Winifred Notty llega a Ensor House, la imponente casa de campo del señor y la señora Pounds en los páramos de Yorkshire. El matrimonio la ha contratado para que ejerza el rol de institutriz y enseñe aritmética e historia al pequeño Andrew, que a finales de año podría ingresar en un internado, y francés y costura ornamental a su hermana mayor, Drusilla, cuya educación no tiene que ser en exceso rigurosa para que ni sus nervios ni su fertilidad se resientan. Además de impartir clases diarias a los niños y contarles cuentos antes de dormir, la tutora debe velar por el desarrollo de una adecuada conducta moral y, como le recuerda la

señora Pounds, ser la responsable de sus almas, preservando a las criaturas de la vanidad, la mentira, los pensamientos impuros y otros vicios censurables. La austera señorita Notty, sin duda, sabrá estar a la altura de estas obligaciones, o así confía el señor Pounds, que se muestra más entusiasmado que su esposa con la incorporación de una nueva institutriz a su respetable casa.

Tras la apariencia de una intachable institutriz victoriana se esconde, sin embargo, una mujer con un perverso sentido del humor y una imaginación macabra, que se deleita contando historias terroríficas a los niños. La Oscuridad anida en ella desde pequeña, un demo-

nio incontenible capaz de intoxicar a sus compañeras de internado con la carne podrida de un cuervo, hacer que una niña se trague una sanguijuela o convertir un té con elegantes invitados en un acontecimiento siniestro. No son pocos los secretos que guarda la perturbada señorita Notty, ni es poca su crueldad, pero ella no es la única que oculta algo en una mansión donde los retratos de los antepasados parecen seguir con la mirada a quien recorre los pasillos de la casa; la señora imparte humillantes castigos a unos sirvientes igual de maliciosos; un artista libidinoso juega con las fantasías románticas de una niña; en los cajones de un escritorio se esconden imágenes obscenas; los hombres encierran a sus esposas en casa; las madres adoran en silencio a sus hijos muertos, pobres criaturas inocentes, y la estricta moral de la época engendra hipocresía y monstruos por doquier.

Días antes de la Navidad, los Pounds reciben a un grupo de aristócratas que vienen a celebrar las fiestas en Ensor House. Para la familia es una ocasión de impresionar a sus distinguidos huéspedes con sus riquezas y su hospitalidad; para la institutriz, en cambio, son las últimas jornadas en la casa, después de que la señora la despidiera por su incompetencia a la hora de educar y cuidar a Andrew, y de reconducir a la vanidosa y desobediente Drusilla. Con el nuevo año, la institutriz deberá buscar otro empleo, pero antes queda mucho por hacer. O, mejor dicho, por destruir. Porque una fría mañana de Navidad, tras una noche festiva que ha dejado a los Pounds y sus invitados exhaustos, todas las piezas del pasado y del presente terminan de encajar y la señorita Notty obsequia a la concurrencia con un espectáculo sangriento digno de una psicópata victoriana que ha llegado a casa con sed de venganza.

CLAVES DE LA NOVELA

El debut literario de Virginia Feito no podría haber sido más espectacular: después de una gran subasta por los derechos en Estados Unidos, *La señora March* se convirtió rápidamente en un éxito de ventas, cosechó excelentes críticas en la prensa española y en medios extranjeros como *The New York Times*, *The Guardian* o *The Times*, fue galardonada con el Premio Best Novel Valencia Negra y el Premio Un Año de Libros El Corte Inglés al Mejor Debut, y los derechos audiovisuales fueron adquiridos por Blumhouse Productions para adaptarla al cine junto a Elisabeth Moss.

Tras el fenómeno de esta novela que, entre muchas otras cosas, le valió a Feito ser comparada con Patricia Highsmith, la autora madrileña regresa con una nueva obra que cuenta ya con un proyecto de adaptación a la gran pantalla previsto para comienzos de 2025,

y producido por Dan Kagan, dirigido por Zachary Wigon y protagonizado por Margaret Qualley, acompañada de la actriz Thomasin McKenzie. De la oscuridad y tensión del thriller psicológico, y las calles y elegantes interiores del Upper East Side, Virginia Feito nos traslada, en un audaz giro de timón, a los inhóspitos páramos de Yorkshire y una señorial casa de campo a través de una historia de tintes góticos donde hay crueldad y humor a partes iguales. Las diferencias entre *La señora March* y *Victorian Psycho*, por supuesto, saltan a la vista, pero de una novela a otra existen vasos comunicantes y una misma curiosidad por los vericuetos de la psique humana y mujeres que intentan, sin mucho éxito, contener sus demonios en el marco de sociedades donde, como dice Feito, parece demasiado fácil volverse loca.

Con un gran dominio de los códigos de la narrativa gótica, y una perversa nota de irreverencia que le permite jugar con ellos, Virginia Feito compone una obra inspirada en aquellas novelas en las que las casas son un personaje más. Asentada en un páramo, Ensor House es una mansión de origen medieval que, «con sus cejas arqueadas y su papada, como un banquero con las manos entrelazadas que está a punto de comunicar una noticia terrible», augura lo peor desde las primeras líneas de *Victorian Psycho*. Y, efectivamente, la casa se convierte en el escenario perfecto para una historia macabra cuyo referente ineludible es el terror victoriano. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre habitualmente en la narrativa de aquel período, en la novela de Feito el horror no pertenece al orden de lo sobrenatural, sino que adquiere una dimensión humana igual de escalofriante. La muerte está en todas partes, la maldad es una pulsión inherente a lo humano y el pasado regresa a Ensor House, pero en lugar de hacerlo bajo la forma de fantasmas y aparecidos, vuelve entre secretos, oscuros resortes psicológicos y una institutriz con trazas de psicópata que nos muestra el mundo a través de una mirada trastornada, y a la par, extraordinariamente lúcida. Las metáforas siniestras y las imágenes que aluden a lo lúgubre, lo repulsivo y lo sexual proliferan a lo largo de una novela que, narrada por la señorita Notty, se mueve entre el terror más sangriento, el misterio y el registro de la sátira, y al mismo tiempo, recrea las costumbres, los saberes y la moral de la sociedad victoriana. Pero la recreación de la Inglaterra decimonónica no está solo

en los detalles y los contenidos históricos de la novela, sino también en el léxico y las inflexiones de una prosa que, palabra a palabra, invoca un mundo pretérito y la rica tradición literaria victoriana, a la que Virginia Feito rinde un divertido homenaje salpicado de sangre y de sadismo.

Los desapacibles paisajes de las hermanas Brontë y sus mansiones donde acecha el mal, la atmósfera de misterio de las novelas de Wilkie Collins y la ironía de Thomas De Quincey se dan cita en una obra escrita bajo la influencia de Charles Dickens. *Victorian Psycho*, sin embargo, no es un ingenioso pastiche ni se agota en el divertimento macabro: la historia que Feito construye, con impecable estilo, habla de la oscuridad que habita en todos, de los subjetivos límites entre el bien y el mal, y de una moral arcaica y retorcida que reprime demonios mediante prácticas, creencias y saberes pseudocientíficos tanto más monstruosos que aquellos vicios que busca corregir. Y habla, también, de hijos ilegítimos, recién nacidos a los que les espera un funesto destino, huérfanos explotados, mujeres pobres a las que les queda una vida entre el pecado, la miseria y el crimen, y damas que deben ceñirse a su papel de ángeles del hogar y, cuando fracasan en su desesperante empresa, acaban perdiendo la cordura y su libertad a manos de hombres que las desprecian y las encierran en el ático o su sustituto más moderno, el hospital psiquiátrico.

En la época victoriana, existía la costumbre de contar historias de terror durante los días que precedían a la Navidad: un modo de exorcizar miedos y fantasmas, transmitir valores y dejar una

puerta abierta al misterio y lo incomprendible en una sociedad dominada por la razón. Respetuosa de esta tradición, la señorita Notty escenifica su propio cuento cruel en *Ensor House*, y con astucia y, por supuesto, una pizca de malicia, va sembrando su relato de pistas que conducen hacia el desenlace, un espectáculo que desata escalofríos, risas y alguna mueca de asco. El destino de esta institutriz, que podría habitar en las páginas de una obra de Shirley Jackson, medirse

con el protagonista de *American Psycho* o firmar una ilustración de Edward Gorey, no es exactamente una sorpresa, como tampoco lo es el de la familia Pounds, sus sirvientes y distinguidos huéspedes. Pero el origen de su maldad, y de la de aquellos que la rodean, es un enigma a medias para el cual Virginia Feito, aún más provocadora y mordaz que en su formidable debut, brinda algunas claves, dejando en manos del lector descubrir si existe acaso una respuesta.

LOS PERSONAJES

LA SEÑORITA NOTTY

Con conocimientos de francés, historia, aritmética y pianoforte, y el aspecto sencillo que conviene a su rol, Winifred Notty parece ser la institutriz ideal para los niños Pounds, cuya infancia mimada no se parece en nada a la que atravesó esta joven mujer. Hija ilegítima de un desconocido, se cría con su madre, que intenta matarla a los trece meses, y tiempo después, mientras sirve en una elegante casa de Londres, la deja a cargo de una madre de acogida que, a cambio de unos chelines, cuida a los hijos bastardos que, en muchos casos, acaban muriendo en su hogar en misteriosas circunstancias. Su temprana cercanía con la muerte y la ingesta de láudano en altas dosis podrían ser, piensa Winifred, una buena explicación para su talante impasible, pero quizá esa ausencia absoluta de miedo que la caracteriza tenga raíces aún más profundas. Cuando a los seis años se traslada con su madre a Hopefernon, una pequeña localidad que, más tarde, adquiere notoriedad a partir del hallazgo de unos recién nacidos asesinados, comienza un nuevo, aunque no más feliz, capítulo de su vida junto al reverendo con el que se casa Madre. La mujer muere en un incendio, provocado por su esposo en un intento de librarla del demonio, y la niña ingresa durante una temporada en un internado para hijas de clérigos, de donde es expulsada tras un grotesco incidente que involucra a un cuervo muerto y un grupo de niñas intoxicadas. A este episodio le siguen otros que dan buena muestra de la sangre fría y la maldad de una niña que deviene una joven de mente perturbada dueña de algunos secretos y un macabro e irrefrenable sentido del humor que la acompaña hasta el final.

«Arrugo la cara y trato de imitar su gesto de desdicha. Las lágrimas no llegan. Nunca lo han hecho. Madre me contó que de niña me llevó a Londres para que me examinara un médico. Temía que yo no respirara adecuadamente, o que estuviera medio muerta, porque nunca lloraba. Pero muchas veces el llanto surge del miedo.

Tenía dieciséis años cuando comprendí que no era capaz de sentir miedo. O, al menos, no como lo experimenta el resto de la gente, de esa forma tan poco digna y tan intensamente desesperada. En cuanto fui consciente de esa inmunidad, y me di cuenta de que siempre había sido así, me pareció tan natural, tan obvia, que supuse que todos lo sabían menos yo». (p. 57)

EL SEÑOR POUNDS

Miembro de un linaje de hombres que han gobernado Ensor House y la vecina aldea de Grim Wolds desde que su bisabuelo ganara la casa en una partida de *whist*, John Pounds ha dejado Londres para llevar a su familia a vivir a la casa del páramo, herencia de su tío abuelo. Allí pasa la mayor parte del tiempo encerrado en la biblioteca, atendiendo sus negocios junto a su secretario, pero como buen hombre de su época, el señor Pounds disfruta también practicando la frenología, organizando cacerías, descubriendo las curiosidades del Antiguo Egipto y mofándose de su esposa, que, como todas las mujeres, tiene una peligrosa propensión a la histeria y la paranoia. La señorita Notty, cuyo cráneo mide igual que el suyo, resulta, en cambio, una agradable compañía y en ella confía la educación de su pequeño heredero. En cuanto a Drusilla, pareciera no existir bajo la mirada de su padre.

«Restregándose los párpados y mordisqueándose el impecable bigote moldeado con pomada, el señor Pounds anota las medidas en su diario e inmediatamente las emborriona con el sudor que empapa los puños de su camisa. Se queda perplejo observando los números.

Yo también espío lo que ha escrito en el diario, me fijo en su caligrafía. “Andrew: Órgano de la prudencia débil. Drusilla: Todo débil”. Miro de reojo la serie de columnas de tinta y tropiezo con el nombre de la anterior institutriz. Escaldada, desvío la mirada. Me digo que, sin ninguna duda, sería el profundo interés por el arte de la frenología, y no por ella, lo que hizo que mi patrón le midiera el cráneo como me lo está midiendo ahora a mí.

—¡Ah! —exclama el señor Pounds, y retira el craneómetro—. Ahora lo entiendo. Es extraordinario, señorita Notty. Absolutamente extraordinario. ¡Por lo visto poseemos el mismo cráneo!

La curva de la frente, la hendidura idéntica en la sien izquierda. Según la ciencia, nunca hubo dos personas más afines. Su Oscuridad huele a matojos, a melaza, a tabaco, como el interior de la cazoleta de una pipa. Creo que tal vez podríamos ser felices juntos». (pp. 89-90)

LA SEÑORA POUNDS

La señora Pounds está convencida que, desde el jardinero hasta el último sirviente que trabaja en la cocina, todos complotan para hacerla sentir fea. Pero ella ostenta el poder de castigar, humillar y despedir, si es necesario, a quien la contradiga en casa, y así se lo deja claro a la institutriz desde el día en que ésta llega a su hogar, una mansión, para ella, demasiado lúgubre. La estricta moral de la época rige la vida de esta mujer que encarna el rol de la madre recta y cariñosa, y la esposa obediente, pero en su habitación, rodeada de los daguerrotipos de los hijos que perdió, da rienda suelta al desprecio que siente por su predecesora, la primera señora Pounds, y entre los vivos, por la institutriz que se interesa demasiado por su marido.

«—Drusilla está adquiriendo una vanidad impropia de una niña de su edad —continúa la señora Pounds—. Habla demasiado de peinados. Con un poco de habilidad, usted podría alejarla de eso. Tal vez estirándole los rizos y haciéndole un peinado más vulgar. —Me mira la cabeza—. Como el suyo.

Siento que una Oscuridad florece dentro de la señora Pounds. Casi la veo moverse en su interior, enroscando su cola gris y gomosa alrededor de su garganta, estrujando su alma hasta someterla. Me pregunto si habrá acompañado a la señora Pounds desde su nacimiento o si surgió del propio miedo a que se manifestara.

—Sospecho que el jardinero hace estos arreglos florales tan feos a propósito —dice la señora Pounds, y arranca un pétalo marchito, triunfante por haber devuelto el tenor negativo a la conversación. De pronto aspira bruscamente por la boca—: Espero que no esté insinuando que soy fea». (p. 35)

ANDREW POUNDS

A los ocho años, el pequeño Andrew se presenta ante su nueva institutriz con la altanería propia de un niño mimado que se sabe heredero y el hijo predilecto de su padre. La señorita Notty, sin embargo, tiene recursos de sobra para desarmar a esta criatura demasiado inocente para hacer frente a las humoradas y las sádicas palabras de su tutora. Su madre cree que podrá ingresar en un internado después de Navidad, donde sin duda sus compañeros se lo comerán vivo, piensa Winifred, pero las fiestas le deparan, como a todos, una sorpresa que cambiará su destino.

«—Érase una vez dos niñas unidas por la lujuria —empiezo.

—¿Qué significa “lujuria”?

—Te agradecería que no me interrumpieras.

—De acuerdo.

—Dos niñas unidas por la lujuria. Ambas con la misma dignidad.

—¿Eso es de Shakespeare?

—Vivían en una gran casa, lejos, muy lejos de aquí. Solas con los criados, porque su madre había fallecido hacía mucho y su padre se ausentaba a menudo...

Andrew parpadea, su respiración se hace más profunda. Ya he comprendido, gracias al tiempo que hemos pasado juntos hoy, que Andrew no es la clase de niño que se deja enseñar. El único momento en que se ha mostrado dócil ha sido cuando el señor Pounds ha entrado en el aula durante la lección y se ha apoyado en la pared del fondo para ver cómo yo dirigía la clase. Como tantos otros niños de su condición, Andrew está enfadado, pero es demasiado vago para hacer algo realmente peligroso al respecto. Preferiría arrancar los flecos de las cortinas antes que estrangular a su hermana. Es predecible en su soporífero privilegio». (p. 42)

DRUSILLA POUNDS

La primogénita del matrimonio Pounds es una jovencita bastante inculta que, aunque ocupa el primer lugar en la línea de sucesión, jamás podrá ser la heredera de Ensor House. Según su padre, ya tiene una edad en la que un exceso de esfuerzo intelectual podría resentir el máximo atributo femenino: la fertilidad. En cuanto a su madre, querría que se mostrara más virtuosa y menos frívola, y comenzara a ejercitar los modales propios de una joven dama destinada a encontrar marido en los círculos de la alta sociedad. Pero Drusilla prefiere intercambiar a escondidas caricias y cartas con un pintor que ha venido a retratar a la señora Pounds, cultivando así el arte del secreto que tan bien se les da a los adultos de la casa. Cuando su madre la descubre y la castiga, ella consigue, a cambio, averiguar algunos secretos de su institutriz y, con mucho disimulo, ir liberando su propia Oscuridad hasta que, la fría mañana de Navidad, termina desempeñando un papel inesperado cuando la crueldad y la locura se adueñan definitivamente de Ensor House.

«—Cuénteme una historia sobre mi esposo —dice arrastrando las palabras, con la mente ya dormida y el cuerpo rindiéndose al sueño.

—Un día —susurro, tan débilmente que podría estar recitando una oración íntima—, Drusilla se casará con un hombre rico, un hombre muy rico. Él poseerá corceles de terciopelo y pensamientos tallados en mármol...

Drusilla ya duerme. Me inclino sobre ella para asegurarme, me acerco mucho más de lo que podría acercarme si estuviera despierta, por muy grande que fuera mi curiosidad, porque las formalidades sociales prohíben esas cosas. Mejillas lisas y sonrosadas, un rubísimo nacimiento del pelo, y una sola peca en una comisura de la boca que, tediosamente, algún día los hombres encontrarán atractiva.

Ahora me imagino a su esposo, formado por mis palabras, susurrado junto con ellas en la habitación lúgubrementemente iluminada.

—Tendrá las manos ásperas y el cabello maloliente, y Drusilla le confiará toda su tristeza y él la encerrará en un dormitorio amarillo en una casa de campo, y en esa habitación ella sangrará sobre las sábanas del parto, afónica de tanto chillar. El servicio la recordará como “melancólica”». (pp. 44-45)

EXTRACTOS POR TEMAS

UNA CASA DE CAMPO EN YORKSHIRE

«Un árbol torcido se inclina ante mí; las puntas de las hojas son de color rojo intenso. Manchas de hiedra enmarcan una de las ventanas superiores, desde donde me observa una mujer de semblante adusto.

La entrada principal de la casa aparece al otro lado de una alfombra de campanillas de invierno que recuerdan a un grupo de mujeres con la cabeza gacha bajo la capota, en actitud sumisa. Me acerco a la puerta de madera tachonada y mis faldas barren las flores con afán de guadaña.

Estamos a principios de otoño, el frío no se ha hecho esperar, y dentro de tres meses todos los habitantes de esta casa estarán muertos». (pp. 16-17)

«El sonido de enérgicos barridos y el golpeteo de cubos metálicos trepan por las paredes desde las escaleras y los túneles del servicio. Avanzo por el Gran Salón y me detengo a inspeccionar la imponente chimenea, recubierta de baldosas holandesas azules en las que se representan escenas de las Sagradas Escrituras. En

una, Isaac está arrodillado sobre un altar y Abraham lo agarra por el pelo con una mano mientras blande un cuchillo con la otra, a punto de matar a su único hijo en la cima de una montaña. Un ángel, apenas esbozado, ha descendido de las nubes para detener la mano que Abraham tiene levantada. Examino la simplista expresión plasmada en azul en la cara de Abraham. Parece disgustado por haber recibido una misión de su dios para que luego se la arrebaten. (*No extiendas tu mano sobre el muchacho*. “Pero es que ahora quiero hacerlo. Ahora necesito hacerlo”).

En el pasillo adornado con cortinas que conduce a la cocina, unos cráneos de ciervo fruncen el ceño desde la galería de trovadores. Algunos son de color alabastro; otros, del mismo color que los dientes de Madre, teñidos de amarillo por la pipa. Algunos están agrietados y semejan rompecabezas. Algunos no son cráneos, sino meras cornamentas, como uves con florituras, o como los pájaros en pleno vuelo que dibujan los críos. Me recuerdan mi infancia. Cuando arrancaba trozos de carne cubierta de pelo de aquellos huesos blancos y húmedos con mis deditos mugrientos». (pp. 30-31)

«La campana de la iglesia toca las doce de la noche, y es la Nochebuena del año siguiente y los supersticiosos aldeanos prenden fuego a Ensor House, una cáscara vacía de lo que antaño fue, con las paredes erosionadas por los dedos de las desgracias del pasado, como un barco infectado de la peste.

La campana de la iglesia toca las doce de la noche, y solo tengo cuatro años, y Madre aporrea la puerta de la casa de Harley Street y le exige a mi padre que vea a su hija, que vea al monstruo que ha creado con su maldad; su voz va volviéndose ronca mientras los sirvientes que antes trabajaban a su lado le lanzan botones y un zapato viejo y luego nos maldicen desde las ventanas. La aldaba con forma de cabeza de jabalí me mira con desprecio mientras mastica una pata de ciervo de latón.

La campana de la iglesia toca las doce de la noche. Apuñalo a Drusilla en el pecho una vez y otra y otra y más y más, buscando los huecos entre sus costillas con la punta del cuchillo de pintura igual que los hombres clavan el pene en los hímenes que no ceden». (pp. 180-181)

MUERTE POR TODAS PARTES

«Muerte por todas partes. Muerte en el río, en los cadáveres que flotan aguas arriba y aguas abajo, en el vientre de los bichos que se alimentan de ellos. Muerte en el agua potable, que se acumula en los pozos y se esparce entre los habitantes en forma de tifus, de cólera, de difteria. Muerte exhibida por seis peniques más en el museo de cera. En las pelucas de los

vivos hechas con el pelo de los difuntos que enterradores audaces roban de los ataúdes sellados. Muerte derritiéndose en una vela de Navidad teñida. Muerte en los recién nacidos, ¡oh, cuántos recién nacidos!; los que no han recibido el bautismo, deslizados en los ataúdes de otros cadáveres en un intento tramposo de conseguir una tumba y un funeral: mortinatos como almohadas funerarias. Muerte en los pozos de ratas de los sótanos de las tabernas, donde los perros destrozan a centenares de ellas azuzados por los vítores de los apostantes». (p. 11)

«Le golpeo la cabeza con la piedra. Le doy con ella una y otra vez, hasta que me arden los fatigados músculos de los brazos, hasta que al animal se le ponen los ojos rojos, hasta que ya no se distinguen de su hocico, hasta que chillan los músculos de mi hombro, mientras los niños me miran fijamente, boquiabiertos; los pantalones de Andrew están salpicados de sangre, como la cara de Drusilla, que parpadea muy deprisa.

—Cuando encuentras un animal que está sufriendo, hay que ser compasivo y matarlo —digo, y dejo la piedra en el suelo con una delicadeza reservada para la porcelana más fina.

Los niños observan el corzo, los restos de sesos que recubren la piedra y salpican mi vestido como gusanos.

—Pero si no... parecía que estuviera sufriendo... —dice Andrew débilmente.

—Ya lo creo que sí —le aseguro—. Estaba sufriendo. —Me limpio un poco de sangre de la mejilla con el dorso de la mano—. Todos los seres vivos sufren». (p. 50)

«Siempre me han gustado las cosas bonitas. Cuando Madre y el reverendo encontraron los cadáveres de todos aquellos recién nacidos en mi dormitorio, pulcramente dispuestos en un estante junto con un viejo ejemplar prestado de *Los viajes de Gulliver*, al principio creyeron que eran muñecas.

El reverendo rezaba por mí clavándome sus ojos saltones con el blanco amarillento. (A veces intentaba exorcizarme. Me rociaba con agua, y las gotitas se me metían en los ojos y en los orificios nasales». (p. 118)

DISTINGUIR EL BIEN DEL MAL

«Al principio cundió el pánico por si era cólera. En el glorioso tumulto que se desató por la noche, las niñas vomitaban una melaza negra de olor dulzón mezclada con azufre, la medicina profiláctica que nos obligaban a tomar todas las mañanas. Las niñas se purgaban por doquier, el vómito pastoso se filtraba entre los tablones del suelo, y contenía trozos de carne que más tarde habría que sacar con cucharas y cuchillos.

La escuela había estado siempre tan concentrada en proteger a sus alumnas del autoerotismo —expulsaban a cualquiera que fuese sospechosa de llevar “el vicio”, y nos prohibían tomar comida caliente o taparnos con mantas por temor a despertar nuestras pasiones— que aquella atrocidad los pilló por sorpresa». (pp. 82-83)

«Todos los días, cuando me levanto de la cama y me siento en el orinal; cuando

mis pupilos se arrodillan en el cuarto de los niños y superviso sus oraciones matutinas mientras en un rincón su niñera llora discretamente en francés; cuando los visto para su paseo diario y aprieto las cintas de la capota de Drusilla hasta que noto cómo traga, y luego, de regreso, vuelvo a vestirlos para la comida; cuando los instruyo sobre sus deberes y sus papeles en la familia, arrancándoles la cabeza a las muñecas y escondiéndolas en la casa de muñecas; cuando observo las venas de color turquesa en sus muñecas y en su cuello bajo una fina capa de piel traslúcida, como alimentos conservados en gelatina, pienso que es una sensación muy curiosa saber que podría matarlos cuando quisiera.

Podría coger una piedra y aplastarles el cráneo o empujarlos por la escalera. Podría eliminarlos de la faz de la tierra fácilmente, como si retirara un poco de mantequilla de la hoja de un cuchillo con un trapo de algodón.

Me fascina el hecho de que los seres humanos tengan la capacidad de herirse de muerte unos a otros a su antojo y que la mayoría decidan no hacerlo». (pp. 115-116)

«No logro comprender por qué los hombres creen que las conversaciones sobre actos violentos afligen a las mujeres. Las mujeres, que todos los meses sangran a chorro, que frotan coágulos de sangre con los dedos y los hacen explotar como si fueran insectos, y a veces no pueden porque no son coágulos de sangre sino tiras de carne del color de la lengua salidas de su matriz. Las mujeres, que revientan al dar a luz, a las que se

les desgarran la vagina y se les descuelga el ano, cuyo vientre arañan por dentro uñas diminutas cada vez más duras, que producen placentas tan gruesas como un *filet mignon*. Se me atasca una carcajada en la garganta, como la piel de una uva, y automáticamente el señor Fancey me ofrece su pañuelo, que tiene una costra de mocos secos.

—Es tentador aspirar a comprender los mecanismos del mal, pero los hombres de bien como nosotros nunca podríamos llegar al fondo del asunto —dice el señor Fishal, y los otros hombres expresan su enérgica aprobación—. El mal solo puede entenderlo el mal». (pp. 160-161)

UN ALMA MALVADA

«Tras envolver el asa con un trapo, cogí la plancha que la criada había dejado calentándose en la estufa. Mi brazo, dolorido después de levantar la pesa del reloj, temblaba sin control cuando sostuve la plancha y apreté la superficie caliente contra la herida abierta, que protestó emitiendo un silbido seco. El dolor me pilló desprevenida, y eso lo recuerdo con total claridad, porque sentí un alivio largamente esperado: me reí.

Pasé las semanas siguientes aguardando con interés a que aparecieran los síntomas de la rabia. Confiaba en tener tiempo para morder a alguien más, en poseer todavía facultades para disfrutar del asunto, porque, de lo contrario, qué triste sería todo.

A día de hoy todavía me pregunto cómo es el miedo. Corre por tus venas

como el veneno, devora tus esperanzas, tus ambiciones, todo tu ser.

Creo que tiene que ser lo peor del mundo». (p. 61)

«Esa noche, Madre, desesperada, me coló en las dependencias del servicio de la casa donde trabajaba y me clavó un cuchillo de pan en el hombro. Yo no dije ni pío y miré el mango del cuchillo con moderado interés.

La hoja quedó atrapada en las carnes de mi hombro mientras Madre trataba de decidir si me lo extraía o no. “No es culpa tuya, Winifred, que tengas un alma malvada y envuelta en oscuridad —dijo con un suspiro—. Y tampoco es culpa mía que quiera librar al mundo de la maldad que he parido”. Tenía la cara arrugada, replegada sobre sí misma. “Pero no puedo hacerlo —dijo—. Que Dios me ayude, no puedo”. Y entonces arrancó el cuchillo.

Durante años di por hecho que mi talante impasible era resultado de las grandes cantidades de láudano que había ingerido de pequeña. Ahora creo que mi suposición era errónea». (p. 69)

«Creole agita la cola y se golpea con ella la grupa para ahuyentar las moscas; a escasos centímetros, un distraído Andrew se hurga la nariz con una mano mientras con la otra rasca la pintura roja del soldadito de plomo. Me acerco un poco más al animal, con la cabeza a la altura de sus enormes cuartos traseros, y entonces, despacio, muy despacio, abro la boca.

Cuando mis colmillos se hunden en su piel, Creole suelta un grito penetrante

te, lo suficientemente monstruoso para colarse en las pesadillas de Andrew el resto de sus días. El caballo salta sobre una pata y con la otra lanza una coz, tan deprisa que hace un ruido parecido a un latigazo. El casco golpea al niño en el hombro, no de lleno, pero sí lo bastante fuerte para empujarlo y tirarlo de bruces al suelo, y Andrew aterriza con los dientes, y se forma un charquito de sangre del rojo más hermoso y más intenso que contrasta con la piedra fría y gris.

Los dos incisivos superiores se le pondrán negruzcos, como si se los hubieran frotado con hollín. Así permanecerán hasta su prematura muerte». (p. 95)

VOLVERSE LOCA EN TIEMPOS DE LA REINA VICTORIA

«El señor Fishal ha venido sin su esposa, a la que ha dejado confinada en su casa ancestral. Cuando la señora Pounds se interesa por su salud, él se mofa de la “tendencia ligeramente histérica” de su esposa. La pobre mujer languidece en los divanes y rechaza la comida desde que presenció el ahogamiento de su hijo pequeño.

—Nada que un buen descanso desprovisto de tensión intelectual no pueda curar —dice el señor Pounds alegremente.

—Totalmente de acuerdo —dice el señor Fishal—. La señora Fishal dijo que escribir le infundía vigor, así que le quité todas las plumas, pero ahora ha

decretado que, si es necesario, escribiré con su propia sangre.

Alrededor de la mesa algunos invitados ríen o sacuden la cabeza con desenfado. ¡Mujeres! ¡Menudas teatreras!». (p. 130)

«Escucho a los invitados relatar los tediosos incidentes del día con gran exaltación; los hombres se enorgullecen de despertar la admiración de las mujeres, y las mujeres se emocionan al sentir por los hombres algo distinto del desprecio». (p. 141)

«—El pintor no quiere que le escriba. Me ha pedido que desista.

—Bueno, eso significa que ha entrado en razón. Es lo mejor que podía pasar.

—No, no se trata de eso. —Vuelve a mirarme—. Lo que pasa es que no le gusta que le muerda.

La miro fijamente. Ella suspira y, agotada, se retira a la inconsciencia. Le levanto un brazo y lo dejo caer para asegurarme de que está dormida.

Le olisqueo la cabeza, preguntándome si habré pasado algo por alto. Le levanto un párpado con el pulgar.

Un cuadradito de papel que asoma bajo su almohada atrapa mi atención. Lo saco. Es una carta del pintor, con fecha de hace solo dos días.

Dice: “No debemos volver a vernos”. Dice: “Muestra un carácter excéntrico en el mejor de los casos y alarmante en el peor”. Dice: “Recomiéndeme a sus amigas de la alta sociedad. Adjunto mis tarifas de retratista”». (p. 147)

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Victorian Psycho* es una novela narrada desde la perspectiva de su protagonista. ¿Cómo es el mundo visto desde los ojos de Winifred? ¿Cómo se describe la casa? ¿A partir de qué elementos o imágenes se introduce lo siniestro en la novela? ¿Y qué nos dicen estos elementos acerca de la voz que narra la historia?
2. En el mundo que recrea la novela, la muerte está en todas partes: en Ensor House, en Hopefernon, en las calles de Londres y los conventos fuera de la ciudad, en los restos que llegan de Egipto y los daguerrotipos que decoran la habitación de una madre. Esta omnipresencia de la muerte ¿es una exageración literaria? ¿Cómo se representa la muerte en la novela? ¿Y cómo parece convivir con ella la sociedad de la época victoriana? ¿Diríais que hoy en día la muerte también está en todas partes?
3. La muerte es un elemento recurrente en una novela donde también hay mucho humor. ¿Cómo se introduce el humor? ¿Y qué papel desempeña?
4. La novela *El castillo de Otranto*, de Horace Walpole, es considerada la pieza literaria que inaugura un género, el terror gótico, que desde finales del siglo XVIII hasta nuestros días se ha ido transformando, sin perder de vista aquellos ingredientes que lo definen y buscando, al mismo tiempo, nuevas representaciones del horror y lo monstruoso. ¿Cuáles son los elementos de la novela gótica que reconocéis en *Victorian Psycho*? ¿Y qué hace con ellos la autora? ¿Consideráis que la novela es un homenaje al género o hay una intención paródica?
5. La época victoriana se caracteriza, entre otras cosas, por una estricta moral de raigambre cristiana que enaltece una serie de virtudes y, por contra, castiga con severidad cualquier comportamiento considerado un vicio o pecado. La vida cotidiana se impregna de este pensamiento moral que inspira, incluso, algunos juegos de mesa, como el popular «Juego de la

virtud recompensada y el vicio castigado». Sobre un tablero parece sencillo distinguir el bien del mal, pero ¿qué sucede dentro de Ensor House? ¿En la novela existe un límite claro entre el bien y el mal, o son valores que se entrecruzan y cuya subjetividad queda al descubierto?

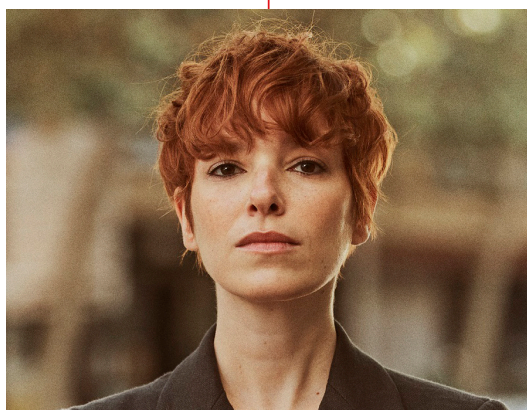
6. Durante una comida en Ensor House, uno de los invitados —el señor Fishal— afirma que los mecanismos del mal son un misterio que solo puede ser entendido desde el mal mismo. ¿Cuál es la reflexión que la novela abre respecto a las dinámicas y el origen del mal? ¿El mal tiene explicación? ¿Winifred es capaz de dar alguna respuesta? En vuestra opinión ¿cuál podría ser el origen, si lo hay, de su comportamiento psicópata?
7. Según Madre y el reverendo, el mal se ha adueñado de Winifred, una niña capaz de cometer actos terribles. Los habitantes de Ensor House, a su vez, se sorprenden ante su extraño e incorrecto sentido del humor, y la señorita Lamb la tilda de desviada cuando la institutriz se abalanza sobre ella, dando rienda suelta a sus impulsos sexuales. Para su época, Winifred encarna la figura del monstruo. Pero visto desde nuestra perspectiva, ¿cuánto hay de monstruoso en ella? ¿En la novela existen personajes, prácticas o costumbres naturalizadas por la sociedad victoriana que nos resulten igual o tanto más inquietantes? ¿Qué escenas de la novela consideráis que son una representación de lo monstruoso?
8. Cuando Winifred le cuenta a la señora Pounds que su madre murió mucho tiempo atrás, la dama, consternada, dice que «la presencia de una madre en el hogar es vital». En cuanto a los hombres, parecen preocuparse por sus esposas e hijas solo en términos de que ejerzan correctamente su rol doméstico y no practiquen actividades que puedan resentir su fertilidad. ¿Cómo se construye la identidad femenina en la novela? ¿Y cómo influye el factor de la clase social a la hora de determinar el papel de la mujer en la sociedad? ¿La figura del ángel del hogar, que se consolida en la época victoriana, es transversal a todas las clases sociales representadas en la novela?
9. La histeria y las crisis nerviosas son un motivo recurrente en una novela donde la locura parece ser un mal, ante todo, femenino. ¿Cómo se repre-

senta y aborda esa locura en la época victoriana? ¿Quiénes son las «locas del ático»? ¿Qué nos dice *Victorian Psycho* acerca de la relación entre los trastornos mentales y las expectativas y obligaciones que pesan sobre las mujeres?

10. Winifred no solo es consciente de que la Oscuridad habita en ella, sino que puede percibir también el lado más sombrío de las personas que la rodean. ¿Cómo describe la Oscuridad de los miembros de la familia Pounds? ¿Qué pistas nos va dando acerca de estos personajes? ¿Y por qué tiene esta habilidad para intuir el mal en los otros?
11. La protagonista ve asomar la Oscuridad en la señora Pounds y en su marido, y también intuye el mal en otros personajes, pero Drusilla resulta ser una auténtica caja de sorpresas para la institutriz. ¿Cómo es la evolución de este personaje a lo largo de la novela? ¿Qué la lleva a actuar así el día de Navidad?
12. Desde las primeras líneas de la novela, en la voz de Winifred hay notas que dejan traslucir su perturbado estado mental. Ella, sin embargo, intenta controlar ciertas pulsiones que acaban volviéndose ingobernables. ¿Cuál es el recorrido que traza este personaje? ¿Qué la va empujando a cometer más y más crueldades?
13. Winifred Notty encarna a una sanguinaria psicópata victoriana que podría pensarse como el reverso femenino de Patrick Bateman, el célebre protagonista de *American Psycho*. De la polémica novela de Bret Easton Ellis se ha dicho, entre otras cosas, que es una crítica mordaz al capitalismo exacerbado y la cultura yuppie de finales del siglo XX. La novela de Virginia Feito, con sus tintes satíricos, ¿sobre qué ironiza?
14. Capaz de cometer los actos más brutales, asesinar niños y deleitarse con la sangre derramada, Winifred es un personaje innegablemente cruel. Pero ¿qué otros rasgos la definen? ¿Os ha parecido un personaje incómodo o habéis empatizado con ella?

15. *Victorian Psycho* es una novela que, además de estar ambientada en la época victoriana, bebe de su tradición literaria y de autores como Charles Dickens, Charlotte Brontë o Wilkie Collins. Los gestos que caracterizan a la novela gótica, tanto en sus contenidos como en el plano formal, reaparecen en una obra escrita a la manera victoriana en pleno siglo XXI. ¿Por qué pensáis que la autora recupera esta tradición? ¿Y qué es lo que hace que su novela resulte, a la vez, muy contemporánea?

LA AUTORA



VIRGINIA FEITO nació en Madrid en 1988, y ha vivido en París, en Londres —donde cursó Literatura Inglesa y Arte Dramático en la Queen Mary University y desarrolló su amor por la literatura gótica y el teatro—, en Nueva York y nuevamente en Madrid, donde estudió Publicidad en la Miami Ad School. Ha trabajado en importantes agencias publicitarias y ganado varios premios en festivales nacionales e internacionales. En 2018 decidió dejarlo todo para dedicarse a escribir en inglés *La señora March*, su primera novela, que propició una subasta por los derechos en Estados Unidos y fue traducida a varios idiomas. Publicada en 2021, ha

ganado el Premio Best Novel Valencia Negra 2022, el Premio Un Año de Libros El Corte Inglés al Mejor Debut, ha sido uno de los libros del año según el *Library Journal*, *The Times*, *El País*, *El Cultural*, *La Vanguardia*, *Elle* y *Telva*, uno de los libros más vendidos según *The Sunday Times* y Blumhouse Productions está adaptándola al cine junto con Elisabeth Moss, que interpretará a la señora March. La crítica estadounidense ha comparado a Feito con Patricia Highsmith, Hitchcock y Shirley Jackson. *Victorian Psycho* (Lumen, 2025) es su nueva novela, que será llevada al cine con Margaret Qualley como protagonista.

Lumen

DECLARACIONES DE LA AUTORA

Sobre *Victorian Psycho*

«Los psicópatas me han fascinado desde siempre. Es muy gustoso escribir desde el punto de vista de alguien a quien no le importa nada ni nadie, incluidos los niños. Este personaje me cae mucho mejor que la señora March, una mujer sin sentido del humor. Es verdad que la señorita Notty es un personaje temible, pero creo que tiene un toque de ternura y que puede caer bien».

«La época de Charles Dickens, a quien homenajeo en esta obra, me parecía la época idónea para desarrollar a una psicópata. Siempre me ha fascinado esta época en la que según su propia literatura gótica parece tan fácil volverse loca».

«Cuando me dispuse a investigar sobre la época me encontré con unos casos de violencia rocambolesca, de creencias, supersticiones insólitas, abusos de mujeres y niños que me pareció hasta absurdo y cómico de lo ridículo que era. Pensé entonces por qué no transformar a esas víctimas en victimarias. Winifred Notty fue una niña y en esa infancia oscura se encuentra, quizá, la clave de este personaje».

(Conversación con María Fasce)

Sobre la escritura

«[Escribo] para relacionarme con el mundo e investigar temas que me preocupan y no sé muy bien cómo abordar: la violencia, los problemas a los que se enfrenta el feminismo, las presiones que sufren las mujeres para aparentar perfección, por qué nos importan las apariencias... Son temas que me siento cómoda abordando así. Para mí, los relatos son maneras de traducir esa realidad o transformarla. La ficción es indispensable para explorarnos a nosotros mismos».

(Junio, 2022. Entrevistada por María José Barrero. *Mujer Hoy*)

«Desde pequeña siempre he escrito cosas más bien oscuras. Una amiga del colegio que leía mis textos por aquel entonces me lo recordaba hace poco, que siempre había muerte, oscuridad y humor. He ido desarrollando esos pilares en mi obra y son cualidades que a mí como lectora me encantan y que son las que ido absorbiendo con los años».

«No entiendo a los escritores que dicen que escriben para sí mismos porque yo lo hago para que alguien me lea».

(Febrero, 2022. Entrevistada por Álvaro G. Polavieja. *El Diario Montañés*)

«Me gusta pensar que todos mis libros los escribiré con un miedo distinto».

(Febrero, 2022. Entrevistada por Aida Collado. *La Voz de Avilés*)

«Me gusta que me consideren escritora perversa. Siempre me ha interesado lo oscuro, no lo escondo. El amor macabro, lo no educado, a veces describo incluso lo escatológico, hablo del vello púbico, de la orina o la sangre menstrual...»

(Enero, 2022. Entrevistada por Núria Escur. *La Vanguardia*)

«Estamos todos un poco trastornados. Pero no siempre de los trastornos te sale una buena novela. A veces creo que escribo para que la gente empatice conmigo en eso, en que hay cosas realmente asquerosas, como una cucaracha. ¿Realmente sabéis el asco que da una cucaracha?»

«El asco, todo es subjetivo. Según como lo describas, también. El lenguaje puede perturbar. Y todos somos contradictorios...»

(Marzo, 2022. Entrevistada por Jesús Ruíz Mantilla. *El País*)

LA CRÍTICA HA DICHO

«Virginia Feito lo ha vuelto a hacer: una novela brillante, oscura, hipnotizante como un cuervo devorando las entrañas de una alimaña que agoniza. Si *La señora March* nos fascinó, esta *Victorian Psycho* nos va a hacer explotar la cabeza. Un libro adictivo como un cocktail de láudano, opio y mala leche».

Isabel Coixet

«Su audaz acercamiento a la narración desvela las capas de la sociedad victoriana, dejando ver sus contradicciones, sus luchas de poder y su oscuridad oculta. A través de su retrato sin complejos de una psicópata a sangre fría, Feito se pregunta si las presiones sociales y la represión pueden ser la causa de comportamientos tan violento o si, tal vez, la locura es mucho más profunda».

Eric Akoto, *Litro Magazine*

«Alborotadora, diabólicamente inteligente y deliciosamente atroz, *Victorian Psycho* es rotundamente brillante. Nadie se libra (ni siquiera nosotros) de los caprichos iracundos de Winifred, que en las hábiles manos de Virginia Feito se nos presenta como bastante razonable. ¡Viva Winifred! Es la antiheroína que este siglo, o cualquier otro, se merece».

Paul Tremblay

«Una institutriz retorcida y sedienta de sangre celebra la Navidad con sus nuevos jefes. En el lugar de encuentro entre el horror irónico y la ironía horripilante, este manicomio desenfundado de novela deslumbra como una joya sangrienta».

Kirkus Reviews

«Una nueva novela deliciosamente retorcida».

People

«Un libro extraordinario y poco común que cumple y confunde completamente todas las expectativas. [...] Con raíces en el género gótico, Virginia Feito parece haber inventado un nuevo tipo de narración. Desde la primera hasta la última línea, esta novela es nada menos que una obra maestra».

Catriona Ward

«Implacablemente malhumorada, en el mejor sentido posible, *Victorian Psycho* se pregunta cómo puede alguien vivir cuerdamente en una época tan sistémicamente cruel. Atmosférica, divertida, sangrienta a más no poder, me la acabé de una sentada».

Ainslie Hogarth

SOBRE *LA SEÑORA MARCH*

«Larga vida literaria a Virginia Feito».
José María Guelbenzu, *Babelia*

«Un personaje inolvidable y una trama de una diabólica complejidad. Esta novela deja una huella imborrable en el lector. Espero con auténtica ansia su siguiente libro».
Isabel Coixet

«Magistral, poderosa y aterradora, de lectura compulsiva, escrita con una prosa ágil y fresca y un perfecto dominio de la estructura narrativa, del ritmo y de cómo mezclando cotidianeidad y humor también surge el horror y el miedo».
Rosa Martí, *El Confidencial*

«Una novela llena de referencias literarias, con guiños a *La señora Dalloway* de Woolf, [...] a Highsmith y a Hitchcock. [...] Perversamente perdida».
The Guardian

«*La señora March* (y su autora) han llegado para quedarse».
Ismael Marinero, *El Mundo*

«Un cruce entre *La maravillosa señora Maisel* y *El talento de Mr. Ripley* con un toque de Shirley Jackson».
Charo Lagares

«De lectura absorbente. [...] Brillantísimo: mantiene al lector en tensión hasta la última palabra».
Ascensión Rivas, *El Cultural*

«La tensión aumenta de un modo que recuerda a las novelas de Patricia Highsmith. [...] Las últimas páginas son tan impactantes que el lector puede verse tentado de volver al principio para entender lo que Feito ha logrado en su perfecto debut».
The New York Times Book Review

